

Reportaje

## Resiliencia en niños: respuesta de esperanza ante la adversidad Psic. Fabiola Montoya Martín Del Campo

*“El padre de Mario era aviador, murió en una misión aérea. Mario tenía tres años y medio cuando la Gestapo se llevó a su madre a un campo de concentración y el niño acabó viviendo en la calle con una pandilla de chiquillos, quienes robaban para poder comer; la malnutrición ya en la postguerra lo hizo llegar a un hospital en donde permaneció un largo periodo luchado contra la tifoidea. Mario permaneció durante un año en ese hospital; a los trece años todavía no sabía leer ni escribir...”.*

Invito al lector a que imagine un final para esta historia, ¿cuáles serían las consecuencias de una infancia tan vulnerada?

Con la anterior introducción y, a través de las líneas siguientes, pretendo realizar un ejercicio de clarificación sobre los mitos y realidades acerca de los factores de riesgo existentes en la infancia y que se supone, son determinantes de fatalidad en la vida adulta. Posteriormente mi intención es enfocar la atención sobre esa nueva visión optimista del daño que ha venido a revolucionar la comprensión y abordaje de los problemas existenciales del sufrimiento, esto es: la resiliencia. Este término que ha sido adoptado de la física, significa la capacidad de la materia para soportar el choque y mantener su forma. Desde las ciencias humanas se interpreta como la fuerza del espíritu ante la adversidad.

Durante más de dos décadas, el desempeño de mi profesión me ha permitido conocer el dolor de tanta alma desgarrada por traumas de infancia; mi labor como acompañante en el camino de auto-conocimiento de la persona que generosamente me ofrece su confianza, consiste en hurgar en el pasado de dolor las fortalezas adquiridas en el “allá y entonces” y que paradójicamente, lejos de debilitar, favorecen y son la fuerza interior oculta del presente, dicho de otra manera: descubrir la luz existente atrás de la pantalla que da la cara al mundo, que permite iluminar los espacios de fatalidad hacia el área de oportunidades. Antes de continuar, realizo algunas observaciones previas.

Sin negar las bondades que ofrecen los fármacos, la psiquiatría con su modelo organicista y medicalizado se preocupa por identificar los factores pasados – desde cargas hereditarias, hasta desórdenes bioquímicos - y presentes de enfermedad mental manifiestos en la conducta; por su parte la psicología hasta hace unas décadas, igualmente se ocupaba tan sólo de identificar los aspectos de daño a partir de los cuales se definían pronósticos y posibles estrategias de intervención. Si bien es cierto que infancia es destino, no toda víctima de la infancia tiene que ser reo del destino. ¿Cuáles son las condiciones que impiden que la víctima quede perpetuada? ¿Cuáles son las dinámicas que favorecen el desarrollo de la resiliencia?

Entre otros pensadores e investigadores en el tema de la resiliencia, destaca la figura de Boris Cirulnyk quien cuando tan sólo contaba con seis años de edad consigue escapar de un campo de concentración en donde perdió a toda su familia. Posteriormente convertido ya en un médico neurólogo, psiquiatra, psicoanalista y etólogo, amplió el concepto de resiliencia observando a los niños sobrevivientes de genocidios, campos de concentración, orfanatos, de situaciones de desamparo en Latinoamérica, entre otros. Menores que en su breve existencia conocieron de las mayores barbaries en estados totalitarios, también de la crueldad del mundo adulto en sociedades donde la pobreza moral – aquella miseria representada por ausencia del respeto a la vida y a la persona – se encuentra instaurada como principio.

Pobreza material, conflictos bélicos, infiernos familiares y aún la enfermedad no tienen que convertir a sus actores en reos del destino. En estos casos, la resiliencia viene a ser una respuesta de resistencia al sufrimiento convertido en impulso reparador y de valentía ante el infortunio. Sin embargo surgen preguntas: ¿es requisito la desgracia para lograr resiliencia?, la resiliencia ¿es innata, aparece, se desarrolla?, ¿es una decisión personal? al punto me permito algunos comentarios anecdóticos.

Popularmente es frecuente el uso cotidiano de frases muy trilladas utilizadas en situaciones críticas: “¡échale ganas!”<sup>1</sup>, “¡si quieres, puedes!”, “es tu decisión, tú sabes lo que te conviene...”, “tienes que superarlo”. En relación al tema de la resiliencia, este concepto cada vez es más divulgado, sin embargo en el camino también se va deformando cuando se considera de una manera superficial, cayendo en una “auto-consejo-terapia”, es decir: es suficiente que desees algo con fuerza para que en consecuencia y de manera mágica emerjan tus cualidades resilientes y, entonces, las situaciones de bienestar deseadas. En más de alguna ocasión he sido testigo de cómo, en un afán de buscar que una persona muestre sus fortalezas, se le presiona con frases como las arriba señaladas con la pretensión de dar apoyo, pero muchas veces sin compromiso personal de apoyar, o peor aún, se le humilla o intimida considerando que así traerá a flote sus capacidades resilientes. Veamos entonces lo que *no es resiliencia*.

La *resiliencia no es un mecanismo interno siempre habilitado* esperando ser solicitado. Considerar de manera racional sin una reflexión profunda sobre el sufrimiento vivido, no sólo impide la sanación de la herida, sino también la comprensión de su significado para su posterior integración hacia una vida de plenitud.

Por otra parte la *resiliencia no es invulnerabilidad ni éxito permanente*. Toda persona tiene como característica la posibilidad de ser vulnerable en cualquier momento de su vida. Es probable que en algún momento alguien muestre capacidades extraordinarias al enfrentar situaciones de crisis, lo cual no viene a ser la prueba que asegure que siempre será así. El arte de saber navegar en las tormentas no es prueba de que jamás perderemos el rumbo.

Por último, la *resiliencia no es adaptación*. La evidencia de sometimiento a situaciones o relaciones de abuso de algunas personas a quienes podemos encontrar eficientes, solícitas y en aparente equilibrio, tampoco es demostración de resiliencia, puesto que las fortalezas de la persona, lejos de llevarla a una recuperación de las heridas, son las que favorecen y alimentan el permiso para ser herida. La resiliencia es un camino permanente que amortigua el trauma e implica trabajo continuo. Nuevamente las preguntas: ¿qué o quién nos dan el rumbo del camino?, las herramientas de la resiliencia ¿son innatas, adquiridas?

La resiliencia fundamentalmente es un conjunto de reservas biopsíquicas, personales, culturales e interpersonales. Tal y como apunta Aldo Melillo: “La resiliencia se teje, no está ni en el individuo, ni en el entorno, sino entre ambos porque enlaza un proceso interno con el entorno social”. Suponer a una persona resiliente o no, es considerar todos aquellos recursos internos y externos que posibilitan tener una vida sana a pesar de los ambientes insanos en los que se vivió. Estos procesos se realizan en su biografía, es un fenómeno elaborado a través del tiempo, dando afortunadas combinaciones entre los atributos naturales de todo niño, actuando como

---

<sup>1</sup> A propósito, me gustaría conocer en donde venden “échale ganas”: sirve para todo, si no aprendiste, para que aprendas; si estás gordita, para que adelgaces; si estás triste, para que te alegres; si estás enfermo, para que sanes...

mecanismos protectores durante el trauma, armonizados con su ambiente familiar, social y cultural. ¿Cuáles son los atributos naturales de todo niño?, ¿cuáles los entornos resilientes?

Toda persona, además de un temperamento, posee como características naturales: el ser imperfecto, vulnerable, inmaduro, dependiente, pero sobre todo valioso. En el caso de la persona del niño, este último atributo requiere que desde el lazo sensorial con la madre en el vientre y durante los primeros tres años del desarrollo, ella le haga sentir - que quede claro “no saber”, porque no entiende conceptos complejos como el amor materno -, a través de sus contactos sensoriales, mirada, voz, caricias, cuidados, que es un ser valioso. Cualquier niño nutrido de esta manera, tendrá una primera impregnación del amor materno a través de su madre... pero, ante la ausencia por cualquier motivo de ella, de la persona que asuma esos compromisos. En el caso particular de niños rechazados desde el vientre, la resiliencia se adquiere a través del tutor resiliente que ampare al menor y serán esos vínculos los que favorecerán la sanación del rechazo.

En cuanto a los otros atributos vulnerabilidad, inmadurez, imperfección y dependencia, el hecho de reconocerlos y permitir un desarrollo que los reconozca sin condenar, a partir de entornos familiares nutricios sobre valores no finitos, es decir valores que como indicadores del camino de la vida, ofrezcan importancia al valor de la persona antes que de las cosas finitas, objetos, títulos, imagen, etc. Se puede decir que la misión de un padre resiliente implica estar presente sin imponer, corregir sin desalentar, proteger sin acobardar, sostener sin asfixiar, ayudar sin invalidar y finalmente guiar, sin controlar. Tarea nada sencilla y de la cual, todo padre o madre hemos salido raspados alguna vez. Cuando por diversas circunstancias el hijo de una familia nutricia recibe el impacto de un trauma llevará sembrada ya la semilla de la resiliencia.

Si desafortunadamente la familia no ofrece esta mencionada nutrición, otras personas de la sociedad con sus instituciones y valores culturales, pueden ser los tutores resilientes. En concreto podemos mencionar a maestros, iglesia, grupos deportivos, y, muy importante, los grupos de pares, es decir otros niños, jóvenes; pueden ser las amistades resilientes quienes ofrezcan el soporte solidario.

De esta manera se tiene que tomar en cuenta que la resiliencia nunca es absoluta, ni lograda para siempre; es el resultado de un proceso dinámico evolutivo en donde desde los primeros momentos del desarrollo se ha contado con el sostén de otros, sostén que facilitará la elaboración del misterio del sufrimiento cuando se presente. Un proceso resiliente puede transformar el daño en herramientas para la vida y no sólo en bienestar, también en plenitud espiritual. Considero que no me equivoco si digo que durante la búsqueda de una espiritualidad personal, la reconciliación con la biografía que duele es de rigurosa necesidad.

Antes de concluir deseo terminar con la historia de Mario. La madre, Lucy Ramberg, una poetisa antinazi, fue liberada en 1945 y se dedicó afanosamente a buscar a su hijo; después de dos años lo encontró. Tenían parientes en Estados Unidos a donde emigraron. Hasta ese entonces Mario inició una educación formal. Actualmente Mario Capecchi es genetista molecular, ganó el Premio Nobel de Medicina en 2007 junto con sus colegas Oliver Smithies y Martin Evans. “En la calle aprendí a confiar en mí, yo estaba solo. *“Creo que mi trabajo de hoy como científico está vinculado a esa etapa. Mi mente era mi entretenimiento, todo el tiempo desarrollaba planes que luego tenía que cumplir. ¡La ciencia de la calle! Siempre he pensado que lo que aprendí entonces con esos ladronzuelos me sirvió después como*

*investigador: una cierta intuición del porvenir...”. Capecchi siempre sonríe, dejó atrás una infancia dura, todo lo que vivió le sirvió para crecer. Del testimonio de Mario Capecchi, dejo al lector a sus propias reflexiones: “El niño herido puede transformarse en alguien que da, sólo entonces el patito feo podrá transformarse en cisne”.*